



Cuadernos de Ilustración y Romanticismo

Revista Digital del Grupo de Estudios del Siglo XVIII

Universidad de Cádiz / ISSN: 2173-0687

nº 26 (2020)

RETRATOS DEL HÉROE NAVAL: REPRESENTACIÓN DE LA OFICIALIDAD NAVAL EN LA SOCIEDAD DE LA HONRADEZ

Pablo ORTEGA-DEL-CERRO

(Instituto de Historia, CCHS, CSIC)

Recibido: 05-02-2020 / Revisado: 01-03-2020

Aceptado: 27-02-2020 / Publicado: 21-12-2020

RESUMEN: Este artículo tiene como objetivo estudiar la forma en que los oficiales de la Armada de los siglos XVIII y XIX fueron representados como héroes navales a finales del Ochocientos, es decir, analizaremos cómo los individuos que formaron la oficialidad naval desde 1700 hasta 1868 fueron imaginados como portadores de los valores sociales y culturales dominantes. El material examinado para este propósito se basa en las más de trescientas biografías que constituyen la obra *Galería biográfica de los generales de marina, jefes y personajes notables que figuraron en la misma corporación*, escrita por Francisco de Paula Pavía —un destacado general de la Armada y ministro de Marina en dos ocasiones durante la Restauración— y publicada en 1873. En ellas no solo se aportaba información sobre la vida y carrera de estos oficiales, sino que pretendían crear un retrato general del cuerpo y una presentación ante la opinión pública como modelos y ejemplos sociales. La principal conclusión que se extrae es que este héroe naval no se basó en virtudes militares, sino en principios sociales, tal como la honradez, el decoro, la probidad, la decencia o la respetabilidad.

PALABRAS CLAVE: Héroe naval, oficiales, Armada, honradez, siglo XVIII, siglo XIX.

DRAWING THE SPANISH NAVAL HERO: REPRESENTATION OF NAVY OFFICERS IN THE RESPECTABLE SOCIETY

ABSTRACT: This article seeks to study how the officers of the navy of the eighteenth and nineteenth centuries were imagined and represented by the 1870s as naval heroes. Therefore, it will be analysed how the individuals who formed naval officer corps from 1700 to 1870 were imagined as bearers of the dominant social and cultural values. The material examined for this purpose is based on the three hundred biographies that formed the work *Galería biográfica de los generales de marina, jefes y personajes notables que figuraron en la misma corporación*, written by Francisco de Paula Pavía —highlighted general of the navy and Minister for the Navy twice during the Spanish Restoration— and published in 1873. They not only provided information on the life and career of these officers, but they also intended to create a general portrait of the body and a presentation before the public opinion as heroes. The main conclusion drawn is that this naval hero was not based on military virtues, but on social principles such as honesty, decorum, probity, decency or respectability.

KEYWORDS: Naval hero, naval officers, Navy, respectability, 18th century, 19th century.

INTRODUCCIÓN¹

La historia de la monarquía española está indisolublemente unida al mar. Su proyección naval se demuestra en la extensión de su imperio, que se prolongó desde el Mediterráneo hasta el Pacífico, pasando por el Atlántico norte y sur. Pero los mares y océanos eran mucho más que un medio para el transporte y la comunicación; lo marítimo era una parte vertebral de la identidad e idiosincrasia de la monarquía. Esta impronta naval estuvo encarnada por multitud de individuos que consagraron sus vidas y carreras a defender el imperio en los mares. No es difícil imaginar una larga lista de estos «héroes» navales, aunque mención especial merece la oficialidad de la Real Armada. Tras la llegada de los Borbones al trono español, la nueva dinastía decidió crear una moderna marina de guerra reformando totalmente el antiguo modelo de flotas y armadas de los Austrias (Merino, 1981; Guimerá y Chaline, 2018; Marchena y Cuño, 2018). Era necesario crear una nueva institución naval, uniformada y centralizada, capitaneada por un grupo de oficiales que debía ser entrenado y formado para ello. El poder naval de España nunca fue mayor. Aún incluso en el siglo XIX, tras la pérdida de la mayor parte del imperio colonial, la proyección naval de España siguió siendo esencial.

El presente trabajo tiene por objetivo analizar la forma en que la oficialidad de la Armada de los siglos XVIII y XIX fue imaginada y representada a finales del Ochocientos a través de la construcción de un modelo de héroe naval de compleja naturaleza. Esto es, queremos estudiar cómo los individuos que formaron este grupo profesional desde comienzos de 1700 hasta 1868 fueron representados como portadores paradigmáticos de los valores sociales y culturales dominantes del último tercio del XIX. Para ello vamos a analizar el discurso utilizado en la obra *Galería biográfica de los generales de marina, jefes y personajes notables que figuraron en la misma corporación desde 1700 a 1868*, escrita por Francisco de Paula Pavía y publicada en 1873. A lo largo de sus tres volúmenes se recogen 302 biografías de los principales oficiales navales. En ellas no solo se aportaba información sobre la vida y carrera de estos hombres, sino que pretendían crear un retrato general del cuerpo y una presentación ante la opinión pública como héroes sociales. En este trabajo utilizamos el término «héroe» como sinónimo de individuo modélico, como ejemplo de comportamiento y virtudes, como arquetipo de personas con cualidades perfectas, como representante y encarnación de los valores sociales dominantes. En definitiva, tal y como señalaba el Diccionario de la Real Academia de 1869, héroe era «el varón ilustre y famoso por sus hazañas y virtudes». Aunque Francisco de Pavía apenas usó el término «héroe» dentro de la obra, el objetivo central y principal de su publicación fue precisamente la representación de los oficiales navales como eminentes hombres que destacaron por sus cualidades personales, profesionales y sociales.

El modelo y la forma de representación de los héroes —entendiéndolos ante todo como discurso, como relatos de individuos prototípicos y portadores de una serie de valores sociales y rasgos ideales— han cambiado enormemente a lo largo del tiempo, siempre en consonancia con los patrones culturales y sociales de cada momento. En definitiva, los héroes eran figuras proyectadas e imaginadas por una sociedad concreta, en un tiempo y espacio determinados, y sobre ellos se volcaron, generalmente de forma hiperbólica, todo un conjunto de ideales. Póngase como ejemplo ilustrativo a los oficiales navales británicos de los siglos XVIII y XIX. En un momento en el que se estaba reconstruyendo el sentido y

¹ Este trabajo se ha realizado en el marco del Proyecto de Investigación «Entornos sociales de cambio. Nuevas solidaridades y ruptura de jerarquías (siglos XVI-XX)», HAR2017-84226-C6-1-P, Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades. Programa de Formación Postdoctoral en el extranjero, Fundación Séneca-Agencia de Ciencia y Tecnología de la Región de Murcia, 20703/PD/18.

concepto de comunidad nacional, estos oficiales, como representantes del poder mundial de la monarquía británica, sirvieron para reformar, consolidar y expandir muchos valores en efervescencia (Jenks, 2009; Jordan y Roger, 1989; Nicolson, 2006). D. A. B. Ronald (2015) habla del poder simbólico que tuvieron los jóvenes oficiales navales en la formación de nuevos patrones culturales y sociales esenciales para la construcción nacional a finales del Setecientos y comienzos del Ochocientos. La importancia del grupo no decayó a lo largo del xix, tal y como demuestra C. I. Hamilton (1980). Pero no se trata de un fenómeno exclusivamente inglés, sino europeo y americano. La gestación de un nuevo orden político y social requería de modelos y referencias diferentes que se fueron forjando precisamente en los últimos años del xviii y comienzos del xix (Mínguez Cornelles y Chust Calero, 2003; Bastida, 1987-1989).

En el presente trabajo, el estudio de los héroes navales se hace a través de un conjunto de biografías, un género literario que es especialmente interesante para nuestros objetivos. Una biografía es mucho más que la narración de una vida, es el producto de una sociedad, de un tiempo, de una forma de entender y practicar el mundo (Bruno, 2016, 2017; Codoñer, 1987), por lo que constituye un material excepcional por la cantidad y calidad de información que proporciona —no solo por lo que dice, sino cómo lo dice, por qué lo dice, cuándo lo dice—. Con todo ello, el desarrollo de esta investigación se articula en tres niveles diferentes. El primero, el más inmediato y descriptivo, ofrece una primera definición del héroe naval. Se pretende conocer cuáles son sus rasgos principales, sus atributos más destacados. El segundo nivel, que es consecuencia inmediata del anterior, relaciona esas cualidades del héroe naval con la fuerza de los valores e ideales que conformaron lo que hemos denominado la sociedad «de la honradez». Por último, y como hipótesis de trabajo que recoge los dos niveles anteriores, planteamos que el esfuerzo de representar y divulgar este modelo de héroe naval era, en definitiva, un intento de legitimar socialmente un cuerpo y una institución cuyo protagonismo y relevancia estaba decayendo. O dicho de otro modo, se trataba de demostrar la distinción de un grupo profesional confiriéndole un aura de héroes y de hombres modélicos de la sociedad de mitad del Ochocientos.

ASPECTOS GENERALES Y CONTEXTUALIZACIÓN DE LA OBRA *GALERÍA BIOGRÁFICA*

Los objetivos de este trabajo se desarrollan a través del estudio de la obra *Galería biográfica de los generales de marina, jefes y personajes notables que figuraron en la misma corporación desde 1700 a 1868*. Publicada en 1873, en la Imprenta J. López de Madrid, consta de tres volúmenes, en donde se redactan 302 biografías —93 en el primer tomo, 95 en el segundo y 114 en el tercero—.² La mayoría, un 84%, hace referencia a oficiales generales —Capitán General, Teniente General, Jefe de Escuadra y Brigadier—, aunque hay biografías de otros oficiales y empleados en la Marina —10 capitanes de navío, 3 capitanes de fragata, 2 tenientes de navío, 10 ministros, 6 intendentes, 15 de galeras, 1 almirante del Mar Océano y 1 maestro de la Academia de Guardias Marinas—. La elección de todos estos individuos fue una decisión personal del autor, por lo que el espectro de carreras es diverso. La estructura de estas biografías es bastante homogénea, aunque la extensión es muy variable. La fuente principal de estas narraciones son las hojas de servicio y expedientes personales de los oficiales. De hecho, la mayor parte de las biografías es una

² En el año 1874 se publica un cuarto tomo, titulado «Apéndice», en la Imprenta F. García y D. Caravera. El mismo autor señala que cuando se imprimieron los tres primeros tomos, «teníamos materiales para emprender la de otros marinos que, comprendidos en dicha época, deben tener cabida en la colección». No obstante, la calidad de las biografías de este nuevo volumen, que tuvo que redactarse apresuradamente, es mucho menor y no son de interés para nuestros objetivos. Es por ello que el análisis de esta investigación se ha centrado en los tres primeros tomos.

mera enumeración de los servicios, destinos y ascensos.³ A ello se unía un discurso redactado por el propio autor —generalmente era una valoración inicial de la persona y una conclusión donde desarrollaba el verdadero retrato del héroe naval—, que es el material verdaderamente interesante para este trabajo. También es relevante señalar que no todas las biografías fueron escritas personalmente por Francisco de Paula Pavía; en los casos en los que se había publicado con anterioridad la biografía del oficial, el autor únicamente la transcribió y referenció su fuente. Encontramos ejemplos que habían sido incluidos en publicaciones periódicas como *Revista Militar*, *La Marina*, *Biblioteca Marítima Española*, *Revista de la Marina*, *La Crónica Naval*, o en obras monográficas, como *Biografía del excelentísimo señor D. Alejo Gutiérrez de Rubalcava* (1857), de José Marcelino Travieso, entre otras. Ya desde el siglo XVIII comenzó a generalizarse la publicación en prensa de biografías de personajes ilustres y reseñables cuyos atributos van a ser la antesala del modelo decimonónico (Calvo Maturana, 2013: 112-135).

La obra es fruto de un tiempo determinado y un hombre concreto. Francisco de Paula Pavía y Pavía (Cádiz, 1812-Madrid, 1890) era hijo de un general de la Armada⁴ e ingresó como aventurero en el navío que comandaba su padre —una fórmula muy poco habitual a comienzos del XIX—. Cuando la obra fue publicada era Vicealmirante (1869). Su carrera militar fue realmente destacada, pues en 1852 ya era Brigadier y en 1863 Jefe de Escuadra. Su protagonismo dentro de la Armada fue indudable: formó parte del consejo de Almirantazgo, fue comandante del Arsenal de Ferrol, Director de Armamentos, Expediciones y Pertrechos y comandante del Apostadero de Filipinas. Con la llegada del Sexenio, su posición parece consolidarse. Además de su ascenso a Vicealmirante, es nombrado ministro del Consejo Supremo de la Armada en 1873. Con la Restauración aumenta su protagonismo: es nombrado Capitán General del Departamento de Cartagena en 1875 y senador vitalicio en 1877. Este mismo año es nombrado ministro de Marina (1877-1879) en los gobiernos de Cánovas del Castillo y Martínez Campos. Vuelve a ocupar la cartera de Marina entre 1881 y 1883, ahora en un gobierno de Sagasta. A su muerte se le calificó como «ilustre decano de la Marina» y era retratado como un auténtico prohombre de la época. Había sido distinguido con las cruces de Carlos III, Isabel La Católica, San Fernando, San Hermenegildo, la Concepción de Villaviciosa de Portugal, Leopoldo de Austria, San Mauricio y San Lázaro de Italia, San Salvador de Grecia y la medalla del Dragón Volante del Imperio de Annam (*La Época*, 7 noviembre de 1890).

Francisco de Paula Pavía fue testigo privilegiado de la historia de la Marina durante el siglo XIX, y este hecho es clave porque, en gran medida, el devenir de la institución explica el carácter de la obra y sus objetivos. Pavía nació al tiempo que se desmoronaba la grandiosa Armada de la Ilustración, en la primera década del Ochocientos. De tener una de las flotas más grandes y poderosas del mundo, España llegó a carecer de una verdadera Marina durante las décadas de 1820 y 1830. arsenales vacíos, cuarteles abandonados, talleres de maestranza polvorientos y astilleros prácticamente inoperativos; este era el retrato de la institución en la que Francisco de Paula Pavía ingresó. Pero a pesar de la imagen estereotipada que se tiene sobre este proceso, la decadencia de la Marina no se puede explicar únicamente por las derrotas de San Vicente (1797) o Trafalgar (1805).

³ La mayoría deben proceder de los expedientes personales que actualmente están en el Archivo General de la Marina Álvaro de Bazán. Allí se crearon legajos personales de cada uno de los oficiales que fallecieron después de 1784 (la documentación anterior se encuentra en el Archivo General de Simancas, pero no en forma de expedientes personales). Además de las hojas de servicios, suelen contener ascensos, destinos, servicios especiales y peticiones.

⁴ Era nieto por parte de padre de Andrés Pavía Rivera, oficial de la Contaduría de Marina. Su padre, José Fermín Pavía Seix, ingresó en la Armada como oficial por medio una gracia especial del Rey después de la muerte de su padre y su hermano mayor en 1805. Véase su expediente personal en el Archivo General de la Marina Álvaro de Bazán, Cuerpo General, leg. 620, exp. 903.

Las verdaderas raíces de esta crisis comenzaron en 1790, momento en el que la Armada alcanzó su máximo tamaño, pero comenzaron a reducirse drásticamente los presupuestos. Eso provocó que durante los primeros veinte años del Ochocientos la Marina fuera un enorme caparazón que se marchitaba por dentro. Esta situación cambió a partir de la década de 1840, especialmente en los largos ministerios de Francisco Armero Peñaranda (1844-1847) y Mariano Roca de Togores (1847-1854). Muy progresivamente, la Armada fue recuperando peso y protagonismo, aunque el reto que tenía por delante era doble. Por un lado, debía proceder a la reconstrucción material de la institución, lo cual incluía barcos, arsenales, instalaciones industriales y armamento; pero, por otro lado, y quizás más importante, era necesario ejecutar una profunda modernización de las estructuras, materiales, maquinaria y personal (Condeminás Macaró, 2000: 221-225; Bordejé, 1999; Cervera, 1979: 79-91).

Además del renacimiento material de la Marina, su protagonismo se incrementó porque recuperó gran parte de sus atribuciones, sobre todo por el aumento de las expediciones militares, científicas y de vigilancia en los océanos Atlántico y Pacífico. La máxima expresión de este hecho fue la denominada Guerra del Pacífico —o Guerra Hispano-Sudamericana—, entre 1865 y 1871. Se trata de una contienda poco habitual, de causas y desarrollo ciertamente desconcertantes, pero que tuvo mucho eco dentro de la opinión pública de las décadas de 1860 y 1870 (Inarejos, 2010). España, por un lado, y Chile, Perú, Ecuador y Bolivia, por otro, se enfrentaron por la ocupación española de la isla Chincha —debido a un desencuentro diplomático originado por una disputa menor entre civiles—, lo que generó una serie de acciones navales de poco alcance (González Pizarro, 2013; Novak, 2001). Finalmente, el conflicto acabó en una situación que no puede considerarse ni victoria ni derrota para ninguno de los países intervenientes. En cualquier caso, la campaña debe encuadrarse dentro del conjunto de expediciones exteriores que Leopoldo O'Donnell promovió y ejecutó durante sus gobiernos de la década de 1860. Sea como fuere, lo cierto es que la oficialidad naval recuperó protagonismo en la sociedad española de esta década, y no es casual que la obra *Galería biográfica* fuera escrita y publicada en unos años en los que las heridas del conflicto aún estaban abiertas y presentes en el debate público.⁵

Francisco de Paula Pavía escribió esta ingente obra para legitimar el Cuerpo General de la Armada de su tiempo, y lo hizo a través de la construcción de un héroe naval cuyos atributos se basaron en los valores dominantes de la sociedad decimonónica. Esta es, al menos, la hipótesis con la que partimos en este trabajo. El discurso, la estructura y los recursos narrativos de cada una de estas biografías son partes esenciales para llegar a demostrar este hecho. Comenzaba Pavía el prólogo diciendo que «si es cierto que, en la historia de las corporaciones, y más las militares, está comprendida toda en la vida de los hombres que en cada periodo sobresalen, nada es más necesario para saber la historia contemporánea que las biografías de los que por sus méritos y servicios hubiesen llegado a elevada altura» (Pavía, 1873a: Prólogo). Este oficial dejaba entrever que el escribir una obra de este tipo era casi una obligación porque «ignorándose aún o están olvidados quizás muchos de los generales y jefes de la Armada. Los intereses de partido, los odios de bandería y hasta las rencillas de corporación, las han juzgado con sobrada injusticia».

En definitiva, Pavía consideraba que la oficialidad naval estaba menospreciada y era necesario re establecer el honor del cuerpo. Es por ello que el espíritu de la obra se mueve entre dos grandes ejes: por un lado, enfatiza la tradición y proyección histórica de la

⁵ Incluso en 1882 Pedro Novo Colson, un oficial naval, publicó la obra *Historia de la Guerra de España en el Pacífico*, en donde intenta responder a todos aquellos que juzgan como nefasta la acción de la Marina.

institución naval, destacando su importancia y sus logros en tiempos pasados, despreciando en cierto modo los avatares de la política sobre el devenir de la institución; y por otro lado, hace un retrato general y casi atemporal del oficial naval —ya fuera de finales del siglo XVIII como del XIX— como un hombre respetable y «de bien» —este último término fue común desde el siglo XVIII, aunque en el XIX adquirió una mayor resonancia (Esteruelas, 1998; Bolufer, 2007)—, como un ejemplo y modelo antropológico que encarnaba los principales valores de la sociedad de mediados de siglo:

En los méritos y servicios de varones tan ilustres, en sus constantes virtudes públicas y privadas, y sobre todo en su lealtad, desinterés y rectitud, tiene nuestra juventud marina ejemplos vivos que seguir en la ilustre carrera de las armas. Quizá y sin quizás, recuerden a sus deudos y parientes, pues la Marina Española fue siempre, hasta hace pocos años, una misma familia ligada por los vínculos de tradición, del cariño y de las simpatías que se trasmitía de padres a hijos (Pavía, 1873a: Prólogo).

ENTRE LA RECREACIÓN Y LA IMAGINACIÓN: ORÍGENES Y FORMACIÓN DEL HÉROE NAVAL

El primer paso para la construcción de un héroe naval era, naturalmente, la narración y explicación de los orígenes de estos oficiales. ¿Quiénes eran estos «ilustres» jefes de la Marina? ¿dónde venían? ¿cuáles eran las familias que dieron luz a los individuos de este cuerpo? La Armada siempre había sobresalido por la distinción social de los miembros que ingresaban en el Cuerpo General. Desde el siglo XVIII fue una verdadera obsesión para la institución controlar los orígenes sociales de los cadetes navales y, de hecho, se fueron desarrollando fuertes barreras sociales que contuvieron la entrada de ciertos estratos sociales no suficientemente honrados para el cuerpo, es decir, no solo los plebeyos y no nobles, sino aquellos que aun siendo del estamento nobiliario no cumplían una serie de requisitos (Ortega-del-Cerro, 2018a: 113-180). Además de las pruebas de nobleza y limpieza de sangre, vigentes entre 1717 y 1836 —a excepción de cortos intervalos de tiempo entre 1811-1814 y 1820-1823—, la institución pedía informes reservados sobre los orígenes sociales de los candidatos de la Academia de Guardias Marinas. Esta aura de distinción no desapareció en el siglo XIX, puesto que entre 1836 y 1865 fueron obligatorias unas pruebas «de limpieza de sangre» y de «honradez» a todos los aspirantes del Colegio Naval (Ortega-del-Cerro, 2016).

En el momento en el que la obra *Galería biográfica* se publicaba, el elitismo social de la institución se había reejado, aunque el deseo de distinción del cuerpo siguió intacto. Esto significa que, a la hora de presentar e introducir el retrato del héroe naval, había que hacerlo en una ilustre nebulosa de aire exclusivo e, incluso, de reminiscencias aristocráticas. Buena expresión de ello es que en la mayor parte de las biografías comienzan diciendo que el oficial provenía de una «familia noble y acomodada». A lo largo de los tres tomos se utilizaba esta expresión casi de forma indiscriminada, más como un recurso estilístico que como una verdadera descripción del biografiado. Pavía utilizó este término como una salida fácil a la hora de presentar a un conjunto de oficiales de la Marina que provenían, en su mayoría, de las heterogéneas élites locales y provinciales del siglo XVIII y comienzos del XIX, que precisamente no se distinguían por ser especialmente «nobles» —la nobleza titulada estuvo prácticamente ausente de la Marina— ni «acomodadas» —no se puede afirmar que fueran familias especialmente acaudaladas—.

Esta fórmula es verdaderamente interesante porque demuestra, en efecto, una forma de representación y proyección de la sociedad decimonónica. Al ser una fórmula tan vaga e imprecisa, a la vez que biensonante, el autor se aseguraba un halo de distinción, pero sin

llegar a ofrecer más detalles sobre los orígenes sociales. Lo cierto es que la palabra «noble» en la década de 1870 significaba una cosa muy diferente al siglo XVIII —«Preclaro, ilustre, generoso», «principal en cualquier línea, excelente o aventajado de ella» (RAE, 1884: 740)—. La nobleza como estamento había desaparecido, sus privilegios habían sido desarticulados jurídicamente, pero, indudablemente, ser noble era sinónimo de distinción. «Acomodado» —«conveniente, apto, oportuno», «rico, abundante de medios», «amigo de la comodidad»—, en cambio, era un vocablo esencial de mediados y la segunda mitad del XIX. En definitiva, sintetizaba y reunía valores de seguridad económica, independencia, capacidad. Pero «noble» y «acomodado» no eran sinónimos; es más, en el Setecientos la calidad noble no aseguraba tener vida distinguida, como tampoco poseer recursos económicos daba opción a desarrollar el honor estamental. No obstante, en esta obra, Pavía los unía y armonizaba para crear un aire exclusivo que mezclaba elementos viejos y nuevos.

La sociedad estamental quedaba muy lejos, y prueba de ello es la desvirtuación deliberada que Francisco de Paula Pavía hizo al narrar otros orígenes sociales. Unas veces se enfatizaba la distinción de ciertas familias a las que, en realidad, no les correspondía ese grado. Se trataba de una veneración exagerada que solo se puede explicar por la relevancia del oficial biografiado. Por ejemplo, el Teniente General Antonio Rodríguez Valcárcel (Sevilla, 1703-1788) era definido como de «nobilísima estirpe» (Pavía, 1873c: 349) y el también Teniente General Felipe López de Carrizosa Zarzana (Jerez, 1738-Isla de León, 1798) era de una «nobilísima familia» (Pavía, 1873b: 407). Pero lo cierto es que el primero procedía de una familia de la baja hidalguía que se había ennoblecido en la segunda mitad del XVII y comienzos del XVIII a través del comercio indiano, y gracias a este ejercicio consiguieron el marquesado de Medina.⁶ De los López de Carrizosa, solo hay que decir que este adjetivo de «nobilísimo» dista mucho de la realidad: consagrada como una saga local de la oligarquía jerezana, pues muchos familiares fueron Caballeros Veinticuatro de esta ciudad, pertenecían a una nobleza media que en el siglo XVIII quiso promocionar a través del servicio real.⁷ En cambio, del conde de Venadito, Juan Ruiz Apodaca (Cádiz, 1754-Madrid, 1835), se decía que venía de una «nobilísima alcurnia» (Pavía, 1873c: 767). Si bien es cierto que este texto procede de la biografía realizada por el nieto de este oficial, no es menos cierto que Pavía reproduce una hipérbole discursiva falseada. Tanto el padre como la madre de este oficial eran hidalgos, de origen vasco, ambas familias asentadas en Cádiz y dedicadas al comercio colonial, pero muy lejos de pertenecer a las clases más altas de la nobleza (Jiménez Martínez de Lagrán, 2010; Garmendia, 1990).⁸ El título nobiliario fue concedido por el rey en 1818. Este recurso llega a tal punto que en ciertas biografías aparecen afirmaciones sorprendentes. Por ejemplo, del Jefe de Escuadra Vicente Doz (Tarazona, 1734-Cádiz, 1781) se decía, «no sabemos el lugar de nacimiento, pero se le supone andaluz y de nobilísima familia» (Pavía, 1873a: 467).

También encontramos casos de oficiales que no tuvieron orígenes sociales distinguidos ni nobles, pero fueron presentados en la obra de tal forma que ese hecho fue amortiguado. El recurso principal utilizado es la honradez, elemento clave y esencial de la sociedad decimonónica para conceder cierto grado de distinción. Antonio Barceló (Palma, 1717-1797) es, posiblemente, el ejemplo paradigmático. Fue el único oficial general de la Armada del XVIII que procedió de los estratos más bajos de la sociedad. A pesar de

⁶ Archivo Museo Naval (AMN), 1014, exp. 2542/04.

⁷ Su padre era Caballero Veinticuatro de Jerez, su abuelo paterno Alcalde por Hijosdalgo y su abuelo materno Veinticuatro y Alguacil Mayor del Santo Oficio. Acreditaba, del mismo modo, tener algunos parientes en la orden de San Juan. AMN, 899, exp. 637.

⁸ Además de la bibliografía respecto a estas familias, se pueden consultar las pruebas de nobleza entregadas en la Academia de Guardias Marinas por los hermanos Ruiz de Apodaca Eliza. AMN, 914; exp. 903; 921, exp. 1008.

sus destacados méritos en el Mediterráneo, luchando contra la piratería berberisca, fue excluido por sus compañeros de la alta jerarquía naval, además de ser objeto de brutales burlas (Rodríguez González, 2016). Procedente de una familia de «gentes de mar», su padre era patrón de un jabeque y, por tanto, de grupos sociales alejados de cualquier grado de honor. No obstante, Francisco de Paula Pavía presenta a Barceló como un oficial procedente de la «honrada clase de hombre de mar» (Pavía, 1873a: 127).

También relevante es el caso del capitán de navío Felipe Bauza (Palma, 1764-Londres, 1834), quien fue maestro de la Academia de Guardias Marinas y experto de trabajos hidrográficos. De él se dice que «sus padres fueron D. Bartolomé Bauzá y Dña. María Cañas, el primero natural de Deya, en Mallorca, y esta última en San Quintín del Mediona, en Cataluña», a lo que añade «esta familia honrada, pero humilde y de pocos recursos, llevó a su joven hijo a Cartagena para que allí aprendiese las matemáticas en la Academia de pilotos para servir en la Marina» (Pavía, 1873a: 143). En este caso, los orígenes pocos distinguidos de la familia quedaban compensados por dos valores emergentes en la sociedad del Ochocientos: la honradez y respetabilidad de la familia, así como el esfuerzo paterno por proporcionar una educación y carrera a sus hijos. El caso del Jefe de Escuadra Manuel Travieso (Mondoñedo, 1714-Cartagena, 1795) es aún más interesante. Este oficial se incluye dentro de la colección porque «de la clase honrada de hombre de mar subió, a fuerza de años y de distinguidos servicios, al rango de General de la Armada» (Pavía, 1873c: 589). Siendo un caso muy excepcional dentro de la oficialidad naval, es interesante ver cómo el hecho de que este oficial fuera de una «familia humilde, pero honrada» no fue óbice para que se presentara como uno de los integrantes de este modelo de héroe naval. Es más, encajaba perfectamente dentro de ese discurso teóricamente meritocrático que inundó la sociedad liberal.

Los orígenes del héroe naval no solo estuvieron circunscritos al estrato y grupo social, pues hemos visto que el punto de partida era siempre la «familia». Al respecto, Francisco de Paula Pavía enfatizó como virtud del héroe naval la unión de profesión, familia e institución, es decir, una alabanza al corporativismo de la Marina —el propio autor era hijo de un oficial naval—, como si fuera natural e, incluso, digna de distinción la propensión de traspasar la profesión de padre a hijo, con los valores que llevaba implícito. La reproducción familiar dentro de la Armada no fue especialmente destacable durante el siglo XVIII: la institución estaba en pleno crecimiento, siempre necesitando un mayor número de oficiales, y lo usual fue que las parentelas repartieran el destino de sus vástagos entre el Ejército, la Marina, la Iglesia, finanzas, burocracia, justicia, comercio al por mayor, etc. En cambio, en el siglo XIX, la drástica reducción del número de oficiales hizo que una serie de familias ocuparan y cooptaran gran parte de los puestos del Cuerpo General, lo cual incentivó a que los miembros de estas mismas familias ingresaran sistemáticamente en la institución. Este hecho lo expresaba Pavía elocuentemente, y lo hacía con auténtica admiración. Una muestra es la biografía de José Montojo Albizu (Ferrol, 1797-Cádiz, 1863), quien era presentado como «hijo de familia distinguida que ha dado muchos servidores a la Armada» —la biografía de este oficial la hizo Cesáreo Fernández Duro—. Buen ejemplo es también la familia Chacón, que ingresó en la Marina a lo largo del siglo XVIII, pero se consolidó como una auténtica saga dentro de la Armada durante el XIX (Ortega-del-Cerro, 2019: 180-185). Salvador Chacón (Sevilla, 1750-Ferrol, 1832), Teniente General que perteneció a esta familia, era descrito de la siguiente forma: «nació el Sr. Salvador Chacón en la ciudad de Sevilla; la vista del mar y el tener muchos parientes en la marina lo inclinó a servir en esta corporación» (Pavía, 1873b: 215). Aún más representativa es la biografía de su hijo, José María Chacón Sarraoa (El Puerto de Santa María, Cádiz, 1782-San Fernando, 1848), quien sería Teniente General también:

Pertenecía D. José María Chacón, como suele decirse, al cuerpo de la Armada, donde habían servido y servían todos sus deudos, con buen reputación y concepto, y donde su padre D. Salvador María Chacón era jefe del cuerpo y llegó a ser Teniente General, Gran cruz de San Hermenegildo y caballero profeso de la orden militar de Calatrava (Pavía, 1873b: 215).

El otro gran tema que vertebró la presentación del héroe naval fue la formación e inclinación de estos oficiales durante su juventud. La educación de los jóvenes siempre fue un asunto de gran importancia para la sociedad europea, aunque desde el XVIII, y sobre todo del XIX, se convirtió en una verdadera preocupación para la opinión pública, el Estado y las familias (Gómez, 2006). Era necesario ofrecer una formación tanto formal como informal a los niños, pues se creía que este era el único camino para que se convirtieran en hombres de bien y futuros rectores de la sociedad. Pero el aspecto más importante en esta construcción del héroe naval es la aplicación de rasgos idílicos, muchas veces irreales e imaginados, sobre niños y adolescentes que, en realidad, estaban lejos de estos valores. El héroe naval debía presentarse como un joven inteligente, aplicado, con facilidad para el estudio de las materias esenciales en la Marina y con habilidades innatas de la vida de mar. Se dibujaba de este modo como un individuo que ya desde la más tierna edad era proclive a la carrera de las armas en el mar, como si el destino hubiera imprimido en él la huella de ser un ilustre general de la Marina.

Los ejemplos al respecto son múltiples y variados. De José Adorno (Jerez, 1748-Cartagena, 1821), que llegó a Teniente General, se decía que era de «una noble y acomodada familia, y dedicado por inclinación a la carrera de la mar» (Pavía, 1873a: 9). Esta última expresión —«dedicado por inclinación a la carrera de la mar»— fue la que se utilizó sistemáticamente en la narración de gran parte las biografías, omitiendo obviamente el hecho de que el ingreso en la Marina fuera parte de una estrategia familiar de mayor alcance. En cualquier caso, la educación de los jóvenes fue instrumentalizada para desarrollar dos de los valores sociales más importantes del momento: por un lado, la capacidad de trabajo y sacrificio de los individuos, y por otro lado, el esfuerzo de los padres por ofrecer una buena instrucción a sus hijos. Pedro Agar Bustillo (Santa Fe de Bogotá, 1763-Madrid, 1822) representa lo primero, puesto que se había «dedicado desde bien joven a la carrera de la Armada» y «hizo estudios náuticos con sumo aprovechamiento y excelentes cualidades de aplicación y talento» (Pavía, 1873a: 15). En cambio, la biografía de Joaquín Bocalán Vázquez (Valladolid, 1783-Ferrol, 1866) sirve para enfatizar la importancia de los progenitores al afirmar que «sus padres [...] personas a la sazón bien acomodadas que dieron a su joven hijo la mejor educación, dedicándolo a la profesión marítima» (Pavía, 1873a: 169). Incluso hay casos en los que Pavía se recreaba con un relato de tintes fabulosos, como en el caso de José Baldasano Ros (Cartagena, 1777-1861). De él se decía que «la vista del mar y el movimiento marítimo de dicha época en nuestro departamento del Mediterráneo [Cartagena] despertó en el joven Baldasano su afición a la carrera de la mar» (Pavía, 1873a: 133).

ENTRE MILITAR Y CIENTÍFICO: LAS HABILIDADES DEL OFICIAL NAVAL IDEAL

El retrato del héroe naval de Pavía no siguió el esquema clásico de un prototípico oficial militar y guerrero. Sus virtudes no se medían por la belicosidad, bravura o agresividad de sus acciones —o al menos no principalmente—, sino por una serie de habilidades y conocimientos que hacían que el oficial de la Marina fuera un conglomerado de marino,

militar, estratega y científico.⁹ Quizá la faceta más llamativa, que aún hoy sigue siendo objeto de admiración y estudio, es la técnica y científica. Sin lugar a dudas, el Cuerpo General de la Armada del siglo XVIII conformó un grupo de principios profesionales que necesitó de amplios conocimientos científicos, especialmente matemáticos, y habilidades técnicas. La Armada fue uno de los mayores motores de la promoción científica en la España Ilustrada, pues su labor no se circunscribía únicamente a navegar y la guerra en el mar. Las expediciones científicas llevadas a cabo a lo largo de esta centuria, la creación del Depósito Hidrográfico o el desarrollo del Observatorio de Marina de San Fernando son muy buenos ejemplos. Hubo a lo largo del XVIII y XIX ejemplos de oficiales excepcionales que cultivaron las ciencias, y este hecho fue objeto de alabanza por parte de Francisco de Paula Pavía, quien no perdió la oportunidad de destacar por esta razón a algunos oficiales. Por ejemplo, de Diego Alvear Ponce (Montilla, 1749-Madrid, 1830) decía que

se dedicó desde muy temprano al estudio y sentó plaza de guardiamarina [...] acreditada fama de prudente, valeroso y entendido oficial, y de reunir una gran firmeza de carácter, una ilustración nada común, principalmente en ciencias físicas y matemáticas, astronomía, derecho de gentes e idiomas, de los cuales hablaba siete, que a pesar de su corta graduación de teniente de fragata fue nombrado en 1783, en unión de los ilustres Azara, Varela, Aguirre y otros, comisario de la demarcación de límites... (Pavía, 1873a: 37).

Aunque la formación científica fuera una cualidad admirable, no era precisamente el valor principal que debía caracterizar la representación del héroe naval. Las habilidades marineras y militares debían estar siempre presentes y nunca ser descuidadas. Del insignie Dionisio Alcalá Galiano (Cabra, 1760-batalla de Trafalgar, 1805) decía Pavía que «fue uno de los destinados a aquella comisión», refiriéndose a la expedición de Malaspina alrededor del globo, a lo que añade «y nadie mejor que él aprovechó tan útil escuela, pues se dedicó lo restante de su vida al ramo de las observaciones, sin olvidar por eso la parte marinera del servicio, pues de otro modo no hubiera pasado de ser un mero astrónomo o hidrógrafo, y no un excelente oficial como llegó a ser» (Pavía, 1873a: 47). La biografía de otro gran marino-científico fue la de Gabriel Ciscar (Oliva, 1760-Gibraltar, 1829), aunque en este caso publicada en la *Revista Militar* y anexada por Pavía a la obra *Galería biográfica*. De él se decía que fue «notable no solo por su saber matemático, por las obras notables que escribió [...] sino por haber ejercido en tres distintas épocas el elevado cargo de regente del reino» (Pavía, 1873a: 313). Pero quizás lo más interesante es que todos estos conocimientos científicos eran un complemento perfecto para adornar al hombre de bien que debía ser el oficial naval, el ejemplo de honradez. Es por ello que de Ciscar también se decía que era «astrónomo y matemático insignie, y cuyo carácter firme y decidido estaba adornado de cuanto constituye al militar pundonoroso y virtuoso, especialmente en este siglo, en que tanto abundan los hombres de talento y tan pocos los de rectitud y constancia de principios».

Pero si hubiera que destacar la biografía de algún marino-científico sería, sin lugar a dudas, la de Jorge Juan (Monforte del Cid, 1713-Madrid, 1773). Aunque Pavía extrajo

⁹ Una visión general del prototipo —cultural— del oficial del Ejército y de la Marina lo encontramos en el trabajo de Calvo Maturana (2016). En este estudio se puede apreciar con claridad la importancia de la educación y formación, la relevancia que tuvieron en instituciones culturales y científicas o la relación que hubo entre poder civil y militar. No podemos olvidar que el héroe de la Edad Moderna, y especialmente en el siglo XVIII, debía ajustarse al modelo ideal de servicio real, de súbdito entregado a la monarquía y al bien público (Calvo Maturana, 2011; Carrasco, 2017).

este texto de la biografía publicada en *La Marina*, escrita por José Marcelino Travieso, es especialmente interesante porque en ella se explicaba elocuentemente que el héroe naval no debía ni tenía por qué medirse por las batallas y combates, sino por la honorabilidad que confiere el avance de las ciencias y otras artes:

La vida del ilustre marino, del varón esclarecido cuyo nombre hemos colocado al frente de esta biografía, no es una de esas cuya narración cautiva y embelesa por lo extraordinario y heroico de la empresa y por lo sorprendente de las hazañas militares, acometidas con brioso y esforzado corazón y llevadas a cabo con inviable y rara felicidad. Por desgracia estamos acostumbrados a cifrar la gloria en lo que debiera ser el apropiado de la humanidad y la exageración de las generaciones, cuando ensalzamos como héroes y presentamos a la pública admiración al paso que miramos con desdén y relegamos a un olvido tan funesto como insensato a los que consagrados a la vida de la inteligencia en la modesta oscuridad de su retiro, o en útiles pero nada ruidosas investigaciones, dispensan a sus semejantes beneficios inmensos aun a costa de su tranquilidad y a veces con el sacrificio de su existencia [...] y la humanidad consta todavía en el número de los semidioses con su historia en el templo de la inmortalidad a esos augustos sacerdotes de la ciencia, que han consumido su vida en el estudio, para iluminar al mundo con la luz de la verdad. [...] sus costumbres fueron las de un filósofo cristiano. Cuando se le hacía una pregunta facultativa, parecía en su ademán que era él quien buscaba la instrucción. Si se le pedía informe sobre algún asunto, primero se enteraba, después meditaba y últimamente respondía. De la madurez con que daba su parecer, provenía su constancia en sostenerlo. No apreciaba a los hombres por la provincia de donde eran naturales, era el valedor, cuasi el agente de todo hombre útil (Pavía 1873b: 341).

Más allá de las virtudes científicas, Pavía resaltó otros valores, como la pericia, la laboriosidad y la destreza en las comisiones encomendadas. Destacan especialmente las expediciones y cargos ostentados en Ultramar (Torres, 1992), los cuales fueron exaltados por este autor como un auténtico eje vertebral del héroe naval. Por ejemplo, el Teniente General Félix Berenguer de Marquina (Alicante, 1733-1826) se incluyó dentro de la colección por los «cargos de importancia en dominios de Ultramar», y porque era un «recto y celoso funcionario, y un cumplido y pondonoso caballero» (Pavía, 1873a: 157). Algo parecido se argumentó en el caso de Teniente General Luis Muñoz de Guzmán (Sevilla, 1735-Santiago de Chile, 1808), quien «contaba al morir con 72 años de edad y 57 de honrosos servicios a sus reyes y patria, y en el cuerpo de la Armada, y en los países de Indias que dirigió y gobernó, en nombre del monarca español, se hizo notable por su rectitud y por sus virtudes públicas y privadas» (Pavía, 1873b: 647). En cualquier caso, el grueso de las virtudes del héroe naval se conformó por valores militares que se resumían habitualmente en expresiones como «reputación de un bizarro y honrado marino» (Pavía, 1873a: 303), como en el caso del marqués de Casinas. Esta fue la expresión que utilizó Pavía de forma más generalizada.

Aunque gran parte de las biografías que hizo Pavía eran asépticas transcripciones de las hojas de servicios de los oficiales seleccionados, en ocasiones desplegaba todo un discurso sobre los valores militares que debía reunir el héroe naval a través de casos y vidas realmente excepcionales. Pero dentro de todos estos oficiales se podrían diferenciar dos grandes perfiles: por un lado, aquel que siguió el *cursus honorum* tradicional de la jerarquía naval y llegó a la cúspide —desde la Academia de Guardias Marinas a Capitán General—; y por otro lado, aquellos oficiales que sin haber sido formados para tal fin, llegaron

a los altos mandos de la Armada por sus destacables virtudes militares. Del primer tipo de podría poner como ejemplo al general José Solano Bote (Zorita, 1726-Madrid, 1806), quien merecería el título del marqués del Socorro. De él hace Pavía el siguiente retrato:

fue tal la vida y hecho de D. José Solano Bote, primer marqués del Socorro; su inteligencia, su decisión y su don de mando, hacen de él el tipo acabado de un general de mar, de aquellos esforzados caudillos que su disposición y su energía crecen a la par que crecen los obstáculos. Era en su trato el general cortés, afable, bondadoso, conservando como culto religioso las cualidades de hidalguía y caballerosidad. En sumar, el marqués del Socorro era un dechado de honor, firmeza y probidad, y su nombre se recuerda siempre con respeto y honra en la Armada española (Pavía, 1873c: 500).

Los oficiales que no siguieron el *cursus honorum* tradicional, pero llegaron a lo más alto de la jerarquía naval, fueron alabados por Pavía por ser modelos de esfuerzo y sacrificio. Por ejemplo, el Jefe de Escuadra Felipe González de Haedo (Santoña, 1714-Cádiz, 1792), aunque procedente de la «honrada clase de hombre de mar», «empezó su carrera y a fuerza de años y de muy distinguidos servicios [llegó] al rango militar en que la concluyó» (Pavía, 1873b: 75). Sus modestos orígenes sirvieron para enfatizar aún más algunos de los valores rectores del héroe naval: «sin otros títulos que su espada y servicio, subió paso a paso la escala de la milicia desde la honrada clase de hombre de mar, sufriendo los sinsabores y penalidades que ofrece cada uno de los empleos. Pero por sus recordables prendas de marino, de militar y de honrado ciudadano, llegó al alto puesto de general, figurando su nombre muy dignamente».

Pero este tipo de recreaciones no dejaban de ser una mera ilusión; eran, en definitiva, una construcción discursiva de un autor cuyo único objetivo era ensalzar al cuerpo de oficiales. Este hecho se puede ver en dos ejemplos clave. Cuando Pavía hace la biografía del marqués de Casa Tilly (Villalba del Alcor, 1712-Cartagena, 1795) afirmaba que llegó a ser Capitán General de la Armada, por el «el tacto, prudencia y don de mando que le era propio». Añadía que llegó a lo más alto de la jerarquía como «prueba de alta rectitud, experiencia y vastos conocimientos de todos los ramos de la marina [...] era un marino intrépido, un militar esforzado y un cumplido y pondonoso caballero [...] personajes esclarecidos» (Pavía, 1873a: 233). Lo que no decía Pavía es que este mismo oficial fue ampliamente criticado dentro del cuerpo por la ingente fortuna que amasó en varios negocios que emprendió —no siempre muy honrados—.¹⁰ Lo mismo ocurrió con el marqués de San Leonardo, Pedro Fitz-James Stuart y Colón de Portugal (Madrid, 1720-1791), Capitán General de la Armada e hijo del duque de Berwick y de Liria y de la duquesa de Veragua. Pavía decía de este oficial que «en todos sus destinos acreditó tan singular amor al Rey, como actividad, celo y pericia en el desempeño del servicio, por cuya circunstancia mereció el Real aprecio, la consideración particular del cuerpo de la Armada y el concepto público de marino valiente y honrado y cumplido y pondonoso caballero» (Pavía, 1873c: 399). Pero este retrato está muy alejado de la auténtica biografía del marqués de San Leonardo. Desde su ingreso en la Academia de Guardias Marinas se le aplicó un trato diferencial debido a su aristocrático origen. A los 25 años ya era capitán de navío y

¹⁰ Cuando iba a ser ascendido a Jefe de Escuadra, los informes reservados recibidos en la Secretaría de Marina decían que era buen marinero, de valor y buena conducta, pero «vergonzosamente interesado y no ser el hombre de muy buena fe y trato» (Ortega-del-Cerro, 2018a: 310). Fue ascendido en la jerarquía naval hasta llegar el grado más alto, aunque causó críticas constantes por su comportamiento.

Teniente General con 37. Desde 1750 estableció su residencia en la Corte, donde ocupó el cargo de primer caballero de Su Majestad.

Contrario a lo que pudiera parecer, el retrato del héroe naval no sobresalió por sus acciones en batalla. Al menos Francisco de Paula Pavía no se centró en este tipo de valores para construir las biografías de los oficiales seleccionados. No obstante, tampoco pierde la oportunidad de ofrecer un retrato de estos oficiales como mártires de la patria y de la nación, que dieron su vida en actos verdaderamente heroicos. La batalla de Trafalgar es, sin duda, el mejor exponente. Vista como una tragedia de consecuencias incalculables para la Marina y para la monarquía, fue el episodio por excelencia en el que se muestra la entrega y sacrificio de los héroes navales. De Tomás Geraldino, por ejemplo, se decía

al abordaje cayó muerto en un combate personal que sostuvo con varios soldados ingleses diciendo al recibir el golpe mortal: no rendirse, haced fuego ¡Misericordia, Dios mío! Proceder propio del guerrero español, que nos recuerda el tiempo del Cid y de las Cruzadas. Memoria imperecedera, como marino, como valiente, y como virtuoso y honrado patrício (Pavía, 1873a: 40).

No es casual que Pavía utilice este oficial para asimilar al héroe naval con personajes heroicos medievales, que fueron la base del discurso romanticista. En cambio, de Francisco Alcedo Bustamante (Santander, 1758-Cádiz, 1805) se decía que era

marino valiente y jefe acreditado, de nobles y pundonorosos sentimientos, selló con su sangre la cubierta del buque que mandaba en el memorable combate de Trafalgar, encontrando una muerte gloriosa. Era universalmente querido por sus virtudes y talento (Pavía, 1873a: 63).

ENTRE HÉROE Y ANTIHÉROE: LOS OFICIALES NAVALES Y/EN LA POLÍTICA

En un retrato del héroe naval hecho en el siglo XIX, la política no podía estar ausente. La construcción del sistema y el Estado Liberal fue, sin duda, uno de los problemas transversales de la España de este siglo, y nada estaba ajeno a ello. Bien es cierto que el Ejército y la Marina no tienen comparación al respecto. La primera institución estuvo muy presente en dicho proceso y los oficiales de tierra fueron piezas esenciales en la construcción de los principales partidos; en cambio, los oficiales navales tuvieron por lo general —salvo alguna excepción— una posición secundaria en la política y en los partidos. Más allá del Ministerio de Marina, fue poco usual ver a un oficial naval ocupar un cargo político de relevancia. El propio Francisco de Paula Pavía tuvo una relación ambivalente con la política: al proclamarse la Gloriosa huyó a Lisboa y poco después se trasladó a Madrid. Allí, el Gobierno Provisional lo pasó a la reserva (1868), aunque también fue ascendido a Vicealmirante (1869). Ya en 1873 se convirtió en ministro del Consejo Supremo de la Armada y durante la Restauración sería ministro, tanto en un gobierno conservador como liberal, y vicepresidente del Senado. Esta carrera política se palpa en los valores y juicios que Pavía hace sobre algunos episodios y sobre la participación política de algunos oficiales.

El primer acontecimiento político reseñable para Pavía fue la Guerra de la Independencia. Este conflicto, momento redentor de la nación y de la comunidad política, fue especialmente complejo. Visto en 1870 ya como algo lejano, es llamativo que Pavía antepusiera el honor del cuerpo. Fuera cual fuera la actitud de los oficiales, sus virtudes como héroes navales estaban por encima. El caso paradigmático es, sin duda, José Mazarredo

(Bilbao, 1745-Madrid, 1812), uno de los generales navales más importantes del reinado de Carlos IV, que pasó a las filas de los afrancesados. Pavía, en cambio, intenta justificar y comprender la situación. Este oficial estaba en Bilbao en 1807 y fue llamado por la Corte de José I: «Poco diremos de los últimos años de su vida. Napoleón, que conocía su mérito y el justo concepto que gozaba en España, lo atrajo y empeñó en su partido, llamándolo a Bayona, y Mazarredo creyó, como otros españoles, de alta estima, que debía ceder a una necesidad inevitable» (Pavía, 1873b: 442). También llamativa es la narración de los años finales de otro oficial naval afrancesado, Pedro Obregón. En este caso, Pavía lamenta que la bipolar situación política de ese momento hiciera ensombrecer el honor y la fama de un oficial que, a su entender, tenía los valores de un auténtico héroe naval:

El General Obregón, comprometido como estaba por la causa del intruso, abandonó la capital del departamento y siguió las huellas del ejército invasor, viéndose forzado a emigrar y a morir expatriado, con mengua y menoscabo de sus brillantes antecedentes y acreditado buen concepto en el cuerpo de la Armada (Pavía, 1873c: 46).

Pero el caso más interesante es posiblemente el de José Justo Salcedo (Portugalete, 1753-San Fernando, 1825), también afrancesado. Pavía justificaba la inclusión de este oficial en la obra por su «crédito y acreditado concepto en nuestras guerreras escuadras, y que por efecto de las vicisitudes de los tiempos y del turbión de las pasiones políticas, fue de los pocos que sirvieron al intruso rey José Bonaparte, quedando de sus resultas sin empleo y dado de baja en la villa de Portugalete» (Pavía, 1873c: 426). En este caso, lo más interesante es observar cómo esa «desviación» del comportamiento del oficial, al ingresar en las filas de José Bonaparte, queda purificada por unas virtudes y unos valores que conformaron la sociedad de mediados de siglo y permiten ver con claridad la asimilación que Pavía quería hacer entre los oficiales navales y el modelo de hombre de bien, respetable y honrado:

Era D. José Justo Salcedo un varón dotado de excelentes virtudes, de gran piedad y de un fondo inagotable de caridad para el prójimo. Fue padre cariñoso y rígido, esposo tierno e hijo amantísimo. Amigo leal y padre de sus subordinados, apasionado a su carrera, en la que siempre desplegó una serenidad agradable y chistoso sin nunca traspasar los límites de una fina educación. Bastaba mucho del retiro y del silencio, cuando sus atenciones le permitían retirarse a la soledad de sus habitaciones. Pues bien, un personaje de tan raras virtudes cuyo mérito era universalmente conocido, murió en el ostracismo a que le condenó un mal paso; ejemplo vivo que debe conservarse para que, sean cual fuesen las vicisitudes de la patria, seguir siempre sus banderas contra el invasor extranjero, pues así lo demanda la lealtad y la hidalguía castellana (Pavía, 1873c: 426).

Los oficiales que merecieron, sin duda ni discusión alguna, el calificativo de héroes e, incluso, de mártires, fueron aquellos que murieron en las guerras de las independencias americanas (Sánchez García, 2018). Uno de los más destacados fue José Córdoba Rojas (Isla de León, 1774-Potosí, 1810), perteneciente a una verdadera saga naval que ostentó los mayores cargos de la Armada durante el siglo XVIII. A pesar de ser solo capitán de fragata, Pavía lo incluye en la colección «no solo por sus señalados y brillantes servicios, sino por la desastrosa muerte, en que le cupo en suerte concluirlos, víctima de la lealtad y patriotismo» (Pavía, 1873a: 376). Fue fusilado en Potosí en 1810. Pero el caso más alabado y recreado en toda la obra fue el de Santiago Liniers (Niort, 1753-Cabeza de Tigre, 1810),

quién ocupó el cargo de Virrey del Río de la Plata desde 1807 hasta 1809, y fue fusilado en 1810:

Así concluyó con una desastrosa muerte D. Santiago de Liniers, su brillante e inimitable carrera, así terminó sus días el libertador, atrevido y célebre defensor de Buenos Aires, aquel militar valiente que era rayo en los combates, esclavo en la obediencia, inerme en la venganza y pacientísimo en el martirio, aquel varón leal que siendo de las más nobles familias sacrificaron [...] fue a morir en América, para que la memoria de sus virtudes sirvieran de escarmiento perpetuo contra los malvados que desprecian el influjo de la justicia y de la religión. Era el D. Santiago de hermosa presencia, y su aire noble competía con la grandeza de su alma, cuya viveza de imaginación, y lo exaltado de sus afectos [...] sus eminentes servicios y cruento fin le granjearon la admiración y respeto público, inmortalizando su nombre en los fastos de la marina. La nación perdió en D. Santiago de Liniers un bravo y leal servidor, su familia un varón que siempre la había ilustrado y el cuerpo de la Armada uno de los generales que más honor le han dado por sus virtudes, sus talentos y su nunca desmentido patriotismo (Pavía, 1873c: 406).

Una vez que concluyen estas guerras, la política comenzó a acaparar gran protagonismo en la vida española. Obviamente, la construcción del sistema liberal generó situaciones en las que los oficiales tuvieron que participar directa o indirectamente. En cualquier caso, Pavía deja entrever que su opinión al respecto es ambivalente: no critica el sistema en sí, pero sí la dinámica e intereses generados por los partidos. Por encima de todo ello debía estar el honor del cuerpo, el cual se convirtió en el verdadero termómetro de la heroicidad naval. Todos aquellos oficiales que se comportaran mirando el bien de la institución y la respetabilidad de la oficialidad merecería el aplauso público, mientras que aquellos oficiales que fueran arrastrados por los juegos de la política de partidos quedarían señalados como verdaderos antihéroes navales. Expresión perfecta de este hecho es la biografía Diego Butrón Cortés, quien era «un regular marino, que trabajó mucho al principio de su carrera y que después, mezclado en nuestras contiendas políticas, se mostró mañoso, más dado a sus propios intereses que a los generales del país y del cuerpo a que pertenecía» (Pavía, 1873a: 223).

Pero el ejemplo más llamativo fue Dionisio Capaz (*El Puerto de Santa María*, 1780-Madrid, 1855). Guardiamarina desde 1798, fue elegido diputado en 1813 y se dedicó casi por entero a la política a partir del Trienio. Fue ministro de Marina entre 1822 y 1823 en el gobierno de Evaristo San Miguel. Exiliado hasta 1832, fue elegido senador en 1837, perteneciente al Partido Progresista, y nuevamente ministro de Marina entre 1842 y 1843. Emigrado nuevamente entre 1843 y 1847, volvió a España para ser ascendido a Teniente General y ocupar en sus últimos meses de vida la Capitanía General de la Armada, máximo rango de la jerarquía naval. Capaz fue criticado por amplios sectores la Marina no solo por pertenecer al Partido Progresista, sino por hacer de la política su forma de vida y su medio para ascender sistemáticamente sin prestar servicios en la escala activa. Esto es, precisamente, el núcleo argumentativo que tuvo Pavía para convertirlo en la antítesis del héroe naval:

En pocas personas se demostraba más prácticamente la máxima constante de que la opinión del hombre está en analogía con su temperamento, y la que preconiza y acoge en su proceder, es la que conviene a sus intereses, que en el General Capaz, era violento y despótico y no tenía ninguna condición de verdadero liberal;

las vicisitudes de los tiempos y el turbión de las pasiones políticas lo arrastraron a figurar en la parte más avanzada del partido constitucional, y allí ocupó el puesto que le correspondía por su buen talento, su vasta instrucción y su osadía. Siendo su último periodo el que más lastimó su nombre; la Armada no puede presentarlo en el catálogo de sus dignos y notables del Cuerpo General, con los títulos y virtudes de la mayor parte de los que llegaron a esta elevada altura (Pavía, 1873a: 258).

De la misma forma que había un antihéroe naval político, había ejemplos de oficiales que representaban un modelo de conducta para la sociedad. La rectitud, el honor y el amor al cuerpo debían estar siempre por encima de cualquier vaivén político. Un caso de este tipo de oficial fue el mencionado José María Chacón Sarraoa, cuya biografía, además, sirvió para que Francisco de Paula Pavía reflexionara sobre la posición que, a su entender, debían tener los oficiales en la política y el comportamiento que debían seguir con respecto al régimen liberal. El Cuerpo General de la Armada debía obedecer al gobierno y estar por encima de las intrigas políticas y los juegos de partido:

El General Chacón, ajeno a las cuestiones de partido, y solo oyendo la voz del honor y el deber, se mantuvo obediente y sumido al gobierno constituido, desechando las proposiciones que se le hacían por el partido contrario, así como las sugerencias de que bajo todos los conceptos se valieron [...] La conducta del General Chacón en esta ocasión era tanto más meritoria, cuanto se sabía a ciencia cierta que la causa del Regente había de sucumbir; pero rígido observador de la disciplina no quiso manchar con una deslealtad una vida esmaltada de distinguidos servicios ¡Ojalá que todos los militares hubieran procedido entonces como el comandante general del Departamento de Ferrol! No se hubieran sentado precedentes funestos, ni se hubiera buscado como medio de medrar en la milicia las revoluciones y los pronunciamientos [...] La obediencia en los militares debe ser pasiva, seguir el gobierno constituido y volver la espalda a las discusiones civiles de su patria. El General Chacón sufrió en esta ocasión lo que en España siempre acontece a los buenos patricios; se declaró nulo su ascenso por el gobierno que sustituyó al del Regente y se le separó del mando del departamento de un modo poco correspondiente a sus honrosos antecedentes y elevada dignidad [...] Su carácter franco y afable y su rectitud y honradez, le daban más realce que su elevada dignidad, así que su muerte fue universalmente sentida. [...] La nación perdió en D. José María Chacón un patrício honrado, el cuerpo de la Armada uno de sus más entendidos generales, la orden de Calatrava un cumplido caballero, y su familia un padre amoso y tierno (Pavía 1873b: 232).

EL HÉROE NAVAL COMO ENCARNACIÓN DEL HOMBRE DE BIEN DECIMONÓNICO

No cabe duda de que el aspecto más importante de la obra que analizamos fue la asimilación que se hizo de la oficialidad con los valores sociales dominantes del momento, de tal forma que el héroe naval se convirtió en una encarnación del hombre de bien del Ochocientos —esto es, un hombre honrado, decente, de recto proceder, de fama intachable y correctos modales—. El mayor esfuerzo que hizo Francisco de Paula Pavía fue rodear a cada uno de los biografiados con adjetivos estrechamente vinculados a la honradez, a la ejemplaridad social y a la distinción. Se trataba de una auténtica construcción narrativa, pues era imposible que Pavía hubiera conseguido ese tipo de información de oficiales que llevaban muertos más de un siglo. En cualquier caso, era la fórmula más

efectiva y directa para legitimar el cuerpo ante la sociedad de la honradez, es decir, identificando a estos individuos como modelos de estos valores. De hecho, no se trata de un fenómeno único ni aislado, pues también se estaba dando en otras profesiones y grupos sociales, tal como médicos, ingenieros, abogados o periodistas (Sánchez García, 2019). El método que utilizó este oficial fue bastante regular a lo largo de toda la obra: en la introducción y en la conclusión de la biografía —esto es, abriendo y cerrando la transcripción de la hoja de servicios— hacía un elogio del personaje destacando sus virtudes y su ejemplaridad dentro de los cánones de la sociedad decimonónica y, sobre todo, dentro del modelo de la honradez.

En la mayoría de los casos, Pavía anexaba a la biografía una retahíla de adjetivos —honradez, rectitud, probidad, pundonor, esfuerzo, lealtad—. De José Adorno decía que era un «marino entendido, militar esforzado y pundonoroso caballero», de José Domas Valle (Cartagena, 1723–Guatemala, 1809) que era «bizarro y entendido marino, un cumplido caballero y un dechado de rectitud y probidad» (Pavía, 1873a: 464), de Juan María Osorno (Cádiz, 1762–1847) que era un ejemplo de «caballerosidad, rectitud y probidad» (Pavía, 1873c: 70). Pero el sustantivo y al adjetivo que más se repetían eran, sin duda, honradez y honrado. Por ejemplo, de Gabriel Guerra (Jerez, 1735–Sevilla, 1800) se decía que tenía «reputación de pundonoroso y honrado marino» (Pavía, 1873b: 120), y de Pedro Micheo (Saldías, 1781–Madrid, 1865) afirmaba que era un

Cumplido caballero y militar valiente y pundonoroso. El General Micheo era de aspecto noble y bondadoso y de condición buena; la rectitud de sus principios, su acrisolada lealtad y su honradez a toda prueba lo hacían respetable y querido de todos los individuos que pertenecían a los diversos cuerpos de la Armada (Pavía, 1873b: 526).

La honradez no era un concepto nuevo, pues ya en el XVIII fue frecuente su uso, pero durante el XIX adquirió gran relevancia y llegó a convertirse en uno de los parámetros básicos dentro de los juegos de diferenciación y jerarquización de las sociedades europeas (Bowman, 2007). Teóricamente, la honradez fue definida a lo largo del Ochocientos como el «recto proceder, propio de un hombre de honor y estimación» (RAE, 1884: 574) y se utilizaba como sinónimo de «probidad y de integridad»;

es la cualidad de un alma, de tal manera imbuida en el amor al orden y a la decencia, que los observa, no solamente en lo que lo concierne, sino en todo lo que tenga o pueda tener relación con las otras dos [...] La honradez no solamente comprende la probidad y la integridad, sino que señala por sí misma el mérito de las dos. Teniendo honradez, no solamente se le da a cada uno lo que le pertenece, sino que también se separa por medio de esta acción toda idea de debilidad y de corrupción; y de este acto de puro justicia va acompañado de las maneras más agradables, más lisonjeras y más interesantes (*Diccionario encyclopédico*, 1895: 1232).

Pero más allá de estas definiciones, lo cierto es que la honradez lo inundaba todo. Era el eje de acciones, pensamientos, modales, representaciones, consumos, posturas o reflexiones; era una fuerza presente en la familia, el matrimonio, la infancia, el trabajo, el hogar, las reuniones sociales o cualquier actividad de ocio (Thompson, 1988). Jesús Cruz (2014), que ha denominado este fenómeno como «la sociedad del *buen tono*», también subraya la importancia de ciertos valores como el respeto, la benevolencia, la deferencia. Para ser honrado en la sociedad de mitad del Ochocientos, se debía acreditar el correcto

cumplimiento del cristianismo, y no solo en sus principios estrictamente religiosos, sino también en su argumentario social. Había que ser respetuoso con las leyes y con el régimen político vigente y el orden público, y no se podía tener ninguna pena indecorosa, por pequeña que fuera, o al menos que fuera de conocimiento público. Había que dotarse notoriamente de un halo de decencia y decoro que se conformaba por una mezcla de laboriosidad, seguridad, modestia, seriedad, respeto, tranquilidad, talento, buen comportamiento —tanto en los espacios públicos como en el hogar— y un fuerte sentido del deber (Cruz, 2012; Ortega-del-Cerro, 2018b).

De una forma más individualizada, la honradez era distinta entre hombres, mujeres y niños. En la cúspide se encontraban los varones, los que llegarían a identificarse como «hombres de bien» y quienes eran teóricamente los jefes de las familias y debían definirse prioritariamente como propietarios o, al menos, tener unos recursos suficientes y regulares que tuvieran una naturaleza decorosa (Sierra, Peña y Zurita, 2010: 326). Las mujeres, en cambio, eran ante todo hijas, madres o esposas, y debían corroborar la honra familiar por su pudor, honestidad y recato tanto en sus costumbres como en su dedicación doméstica (Burguera, 2012; Crespo, 2015). Y por último, los niños se convertirán en un centro de atención fundamental, sobre todo por ser el reflejo de la honradez familiar a través su conducta y educación (Ortega-del-Cerro, 2016). Todo ello debía ir acompañado de un concepto general de la familia basado en un aura de decoro y buen tono por sus maneras y formas, por unas pautas de consumo y una cultura material, de una dignidad basada en la palabra de sus pares, en la integridad de sus acciones, sus relaciones de amistad o la veneración de la parentela (Palmade, 1985; Faus Sevilla, 1972; Esteban Calderón, 1982; Jover, Gómez-Ferrer y Fusi, 2001: 203-233).

Para culminar la legitimación social del cuerpo y asimilar los oficiales navales con todos estos valores, Pavía hace una serie de representaciones de los individuos biografiados que trascienden las barreras de la vida militar o de la carrera profesional. Unas veces los oficiales aparecen como padres amantísimos, en otras como cristianos ejemplares preocupados por la caridad y la asistencia a los pobres, y también aparecerán como representantes perfectos del buen «ciudadano» y el «funcionario» ejemplar. Pavía llega a uno de sus puntos máximos de recreación cuando dibuja una serie de escenas familiares en las que los oficiales aparecen como modélicos padres de familia y queridísimos amigos de sus amigos, como vértices virtuosos de sus hogares y de unas parentelas intachables. En la biografía de Saturnino Montojo Díaz (Ferrol, 1796-San Fernando, 1856), por ejemplo, Pavía decía que este oficial «se hizo amar y respetar de sus conciudadanos e idolatrar de su familia, de quien siempre fue generosos protector y espejo donde reflejaron reunidas las virtudes más eminentes: buen esposo, padre tierno, amigo sincero, marino entendido y sabio astrónomo» (Pavía, 1873b: 622).

Ejemplos al respecto hay muchos, y cada uno de ellos es elocuente de esa asimilación que intenta hacer Pavía entre los oficiales navales y el modelo de hombre de bien/honrado. Luis Coig Sanson (El Puerto de Santa María, 1768-Cádiz, 1840) se describía como de «agradable fisionomía y de condición suave y buena, caballeroso en su porte, rígido en el cumplimiento de su deber y honrado padre de familia» (Pavía, 1873a: 429). De Antonio Gómez Barreda (Saro, 1750-San Fernando, 1826) se decía muy sintética pero vehementemente que era un «pundonoroso y leal militar, un marino entendido y un excelente ciudadano y padre de familia» (Pavía, 1873b: 70). En cambio, Juan Joaquín Moreno (Ceuta, 1735-Cádiz, 1812) era ejemplo de «lealtad a sus Reyes y a la religión católica de que él era rígido observador. Unía a estas virtudes ser un honrado y amante padre de familia y un dechado de firmeza, rectitud y probidad [...] honrosos recuerdos como valiente, como marino y como buen patrício» (Pavía, 1873b: 572).

Además de padres, hijos y amigos ejemplares, algunos oficiales eran modelos de caridad cristiana, lo cual les colocaba en un estadio superior dentro de la moralista sociedad de la honradez del Ochocientos. Juan Bautista Bonet (Cartagena, 1709-1786), por ejemplo, era descrito como un excelente y sabio oficial, pero «aparte de esto, era celoso y entendido en su ramo, honrado y protector constante de los pobres y desvalidos» (Pavía, 1873a: 181). Muy parecido era el retrato de José Díaz San Vicente, cuya «pérdida se sintió en extremo por las bellas prendas que lo adornaban, especialmente a los pobres a quien socorría con caridad cristiana» (Pavía, 1873a: 452). Pero más ilustrativa es la descripción del oficial Ángel Laborde (Cádiz, 1772-La Habana, 1834), quien aparecía como:

valeroso en el empuje, con tesón inflexible en el empeño, su gran alma se hacía más visible al dominar los infortunios y sinsabores que ofrece la azarosa vida del marino. Espléndido con sus amigos y generoso con los necesitados, la caridad la practicaba sin limitación alguna, y en el ejercicio de esta sublime virtud, es en lo que más gozaban sus sentimientos nobles y humanitarios (Pavía, 1873b: 364).

La recreación que Pavía hizo de todos los oficiales llega también a un punto culminante cuando se les concede una serie de adjetivos relacionados directa e indirectamente con la honradez. Por ejemplo, de Miguel Gastón de Iriarte (Cartagena de Indias, 1766-La Habana, 1839) decía que era un «distinguido general de su época, buen marino, bizarro militar y excelente ciudadano y hombre público» (Pavía, 1873b: 10); o de Bernardo Muñoz (Tarifa, 1757-Cádiz, 1815) que era un «entendido marino, bizarro militar y un honrado ciudadano» (Pavía, 1873b: 672). El uso frecuente de la palabra «ciudadano» —más como sinónimo de «hombre bueno» que de individuo con derechos políticos— se completaba con otras de naturaleza similar, cuya intencionalidad era destacar la entrega del cuerpo al bien de la comunidad y la nación (Gil, 2003). Por ejemplo, Juan Araoz (Carmona, 1728-La Habana, 1806) era definido como «un cumplido y leal servidor del Estado, y su memoria debe recordarse con orgullo y con gloria en la Armada española» (Pavía, 1873a: 67), y Antonio Córdoba Lasso (Sevilla, 1740-1811) tenía «reputación de un entendido marino, un bravo militar y un leal y cumplido servidor del Estado» (Pavía, 1873a: 372). A todo ello se sumaba el calificativo de «funcionario», un término que apareció por primera vez en el Diccionario de la Real Academia en 1869, pero bastante recurrente en la obra de Pavía, ya que se complementaba perfectamente con la honradez y otros valores asociados. Por ejemplo, Domingo Monteverde (San Cristóbal de La Laguna, 1773- San Fernando, 1832) fue un ejemplo de «funcionario leal y probo» (Pavía, 1873b: 604), mientras que Francisco Hoyos fue descrito como «hábil marino, un bizarro militar y honrado funcionario» (Pavía, 1873b: 198).

Más allá de todos estos valores descritos y señalados, hubo biografías que por su carga narrativa merecen ser analizadas pormenorizadamente. Estos casos son la síntesis perfecta de gran parte de los asuntos tratados hasta el momento y evidencian con claridad el interés que tuvo Pavía por legitimar socialmente a la oficialidad y retratarla como modelo antropológico que reunían los principales valores sociales del momento. Gabriel Aristizábal (Madrid, 1743-Isla de León, 1805), por ejemplo, encarnaba prácticamente todos los rasgos que hemos señalado. Pavía iniciaba su biografía diciendo que «hacia mediados del siglo pasado [...] se vio aparecer en España una serie de personajes ilustres por sus virtudes y talentos, cuya memoria guarda con religiosa veneración la historia de nuestra patria». Este autor hacía una introducción muy extensa sobre la época, exaltando las victorias navales españolas, y acto seguido comenzaba a narrar la vida de este oficial. Lo introducía diciendo que «lo educaron con el mayor esmero desde su más tierna edad,

destinándolo desde luego al servicio de las Armada [...] sobresalió entre sus compañeros por su aplicación y talento, distinguiéndose así en el estudio de las ciencias matemáticas como el de los idiomas, de los cuales aprendió con perfección el latín, italiano, inglés y francés» (Pavía, 1873a: 79). Más allá de la trascipción de su hoja de servicios, sus servicios, sus expediciones y sus comisiones, Pavía sintetizaba la figura de Aristizábal como «bizarro e inteligente oficial». Pero más allá de sus cualidades como oficial, era necesario representarlo como un modelo de la sociedad del momento, y para ello afirmaba que:

El general Aristizábal era ante todo un hombre profundamente religioso: usando de sus triunfos con clemente benignidad, sufría sus desgracias con resignación cristiana; y la vez obedecía a su voz una escuadra de más de 20 buques [...] era de esos hombres llenos de valor, de lealtad y de acrisolada honradez, que nos hace recordar con orgullo la época de nuestros abuelos, y son para nosotros un glorioso y constante estímulo en la senda de la virtud y del honor, que ellos recorrieron con paso firme y con ánimo sereno. Era además un modelo de finura y bondadoso para cuantos le rodeaban y estaban a sus órdenes, y más aún para los desgraciados, cuyas miserias se complacía en socorrer (Pavía, 1873a: 92).

Aunque este tipo de narraciones se hicieron para todos los oficiales, se acentuaron aún más con aquellos que estaban próximos temporalmente y habían vivido hasta mediados del siglo XIX. En definitiva, la memoria y el recuerdo de estos oficiales estaría mucho más presente en la opinión pública que aquellos que sirvieron a comienzos del Setecientos. Buena expresión de ello es la biografía del Teniente General de la Armada Roque Guruceta Aguado (Cádiz, 1771-Madrid, 1854). Pavía hacía una vehemente justificación de su inclusión en la colección y argumentaba que:

Muchos fueron los marinos que en el último tercio del siglo pasado y primeros años del presente militaron en nuestras guerreras escuadras, pero pocos los que sobrevivieron a sus continuas luchas marítimas y a las vicisitudes de todo género, por las que pasó la nación y por consiguiente su armada naval; entre estos se distinguió el general cuya vida nos proponemos escribir, que murió en edad octogenaria y mereció el concepto de valiente, entendido y honrado marino (Pavía, 1873b: 102).

Pero a la hora de valorar la figura de Guruceta en conjunto, Pavía decidió anteponer sus virtudes sociales, su presentación como modelo social:

de regular estatura y complejión fuerte y robusta, su aspecto severo y hasta en cierto modo adusto, contrastaba con su honradez y su franqueza. Caballero en su porte, rígido en sus costumbres y religioso sin afectación, el general Guruceta era tan respetable en su condición privada, como funcionario público. Buen esposo, padre tierno, amigo sincero y ciudadano honrado y virtuoso. La España perdió en D. Roque Guruceta un patrício esclarecido, el cuerpo de la armada un respetable y distinguido general, y su familia un varón que siempre la había ilustrado con sus virtudes cívicas y militares (Pavía, 1873b: 102).

Esta sobrevaloración de la honradez de los oficiales hace que, incluso, se desarrolle relatos contradictorios o, por lo menos, disonantes con lo que debería ser la biografía de un héroe naval. La más ilustrativa es la del Capitán General Ramón Romay (Betanzos, 1764-Madrid, 1849). A pesar de llegar a lo más alto de la jerarquía naval, se llegaba a

afirmar que sus cualidades como marinero eran mediocres, aunque sobresalió por su honrado y esclarecido proceder:

El general Romay, en su condición de caballero y de hombre privado, reunía cualidades muy recomendables, su aspecto era respetable, sus modales distinguidos, su trato afectuoso y franco; jamás recibía sentado ni a un guardiamarina, y su casa y sus servicios siempre estaban a pro y a disposición de sus subordinados. No tenía seguramente las cualidades de marino y hombre de gobierno que reunieron D. Juan de Lángara, D. Félix de Tejada, D. Ignacio María Álava, D. Juan María Villavicencio, y otros de sus antecesores que sería prolífico referir; pero siempre lo recordará la Armada como un honrado marino y un bizarro soldado (Pavía, 1873c: 343).

Para concluir, cabe mencionar que este tipo de retrato de la oficialidad naval, en el que se sobredimensionaba la honradez, no fue un recurso único ni aislado de Francisco de Paula Pavía. La utilización que hace este autor de otras biografías publicadas en revistas y monografías nos permite entender este fenómeno desde un sentido más amplio, es decir, vislumbrando que fue un esfuerzo colectivo por parte del mismo cuerpo para ser legitimado y visto como un grupo rector de la sociedad por los valores que encarnaban, más allá de su función militar. Este hecho se puede observar en la *Revista de la Marina*, donde se publicó la biografía de Federico Gravina (Palermo, 1756-Cádiz, 1806),¹¹ y en ella se hacía un elogio a una figura totalmente inventada, absolutamente recreada y adornada con los valores sociales presentes, muy alejados de los de un oficial del XVIII que nació en una casa aristocrática italiana.

Fue siempre en extremo culto, y expresivo en sus modales y palabras, irrepreensible en sus costumbres, y absolutamente desprendido de todo interés mezquino. Espléndido con sus amigos, y generoso con los necesitados. Justificado y afable hasta con el último marinero, llano y aún familiar con sus subalternos, cautivaba los corazones de cuentos estaban bajo su mando. Su maestría en la profesión, su actividad vigilante y atinada en todo género de empresas, su impetuoso denuedo en el avance, su tesón inflexible en el empeño y sobre todo su inalterable serenidad, hacen de él un perfecto remedio de unos de nuestros más esclarecidos capitanes (Pavía, 1873b: 138).

Aún más ilustrativa es la biografía que hizo en 1857 José Marcelino Travieso del Teniente General Alejo Gutiérrez Rubalcaba (Cartagena, 1768-Madrid, 1847). En este caso, además de hacer un hiperbólico retrato de la honradez de este general, se introduce y plantea una reflexión del tiempo y de la sociedad, del culto de héroes:

Hay momentos en la vida de los pueblos en que aparecen dotados de una extraordinaria actividad y fuerza, sin que a primera vista se descubra y comprenda el principio que se la comunica, así como una máquina que juega con ímpetu y poder inmenso y cuyo agente motor se oculta solo a las miradas del que le observa. Dos son los fenómenos que desde luego pueden asegurarse que coexisten en sus venturosos períodos de las sociedades: el uno es la convergencia natural y espontánea de

¹¹ Según Calvo Maturana, Federico Gravina puede ser considerado como «el primer gran héroe no regio homenajeado por la monarquía absoluta» (2016, 490; 2013, 131-135). Ya a comienzos del XIX era retratado como víctima por el «rey y la patria» y como ejemplo de «ciudadano español».

todos los esfuerzos individuales hacia un punto y con idéntico fin; la absorción por el Estado de toda idea, de todo sentimiento, de toda acción de las entidades que la componen; y el otro un espíritu de abnegación y generosos sacrificio del ciudadano en aras del bien público, por el que no exige recompensa alguna, distanciándose plenamente con el testimonio de su propia conciencia. En el primer caso el individuo se anonada y la nación de engrandecer la memoria de aquel muere y por mejor decir, viene a constituir la herencia de la patria y aumentar el brillo de su historia, sus gloriosos hechos son como las innumerables gotas de agua [...] en el segundo brotan por todas partes rasgos de heroísmo y acciones que aparecen tanto más bellas cuanto que se encubren con el sagrado velo de modestia y aún pudiéramos decir, de un tímido pudor. [...] Uno de esos ilustres patricios, de esos varones esclavidos que, siendo el ornamento de su patria, creen que al consagrarse a su servicio no se hace más que presentar una ofrenda a una divinidad, a la que todo se debe y de la que nada puede reclamarse, fue el Exmo. Sr. Teniente General de la Real Armada D. Alejo Gutiérrez de Rubalcaba. Familia ilustre y constantemente dedicada al servicio de Estado en la siempre noble y entonces muy considerada profesión de la marina. Su larga carrera fue una serie ni interrumpida de útiles servicios en que mostró el mayor celo, desinterés y amor al trono y al bien público, habiendo logrado un alto y envidiable concepto por su vasta instrucción, por su consumada prudencia y buen tacto en el manejo de los negocios, por su rectitud y pureza y por la constante práctica de todas las virtudes. En él perdió la nación uno de sus leales y honrados servidores, el trono un defensor noble, decidido y generoso, y la Armada un hábil y experimentado jefe que combatió con gloria y sostuvo su honra en los días de sus grandes, así como deploró amargamente su infortunio y trató de reanimarla en los tiempos de decadencia (Pavía, 1873b: 103).

CONCLUSIONES

La empresa de Francisco de Paula Pavía al publicar *Galería biográfica* fue encomiable. No solo consiguió reunir la biografía de más de 300 oficiales de la Armada, sino que construyó el retrato de un héroe naval en plena sociedad de la honradez durante la segunda mitad del siglo xix. Esta increíble narración buscaba presentar ante la opinión pública un cuerpo militar que no solo tenía una razón de ser profesional —el grupo rector de la Marina de guerra y de la defensa de la patria en los mares—, sino que era un modelo y, al mismo tiempo, portador de los valores más importantes del momento. Pero todo esto no se puede desligar del hecho de que la Armada de la segunda mitad del Ochocientos tenía un papel secundario y, de hecho, su última gran campaña bélica —la denominada Guerra del Pacífico— fue muy cuestionada por algunos sectores de la sociedad.

No es de extrañar, por tanto, que Pavía quisiera legitimar el cuerpo de oficiales, tal y como mencionaba en el Prólogo de la obra. Para ello no va a ensalzar a los individuos que en ese momento conformaban la institución, sino a través de la tradición e historia del grupo y por medio de los principales personajes que habían protagonizado esta corporación desde el siglo xviii, centuria precisamente que brilla por la importancia y relevancia que tuvo la Marina dentro de la monarquía. Tal y como hemos mostrado, la construcción que hace Pavía del héroe naval tiene dos enfoques diferentes: por un lado, destacando aspectos, episodios, cualidades o condiciones parciales, aunque reseñables, que no aparecen sistemáticamente en todas las biografías; y por otro lado, a través de un barniz que es transversal en toda la obra y en todas las biografías, y que pretende idealizar

a todos los oficiales navales como hombres de bien, como representantes de la honradez y como modelos sociales.

Algunas biografías hiperbolizaban una serie de rasgos que son interesantes para comprender las diversas caras que tenía el héroe naval. Se tiende a relacionar el origen social de los oficiales con estratos distinguidos, aunque desvirtuando los esquemas y la estructura social. Que la amplia mayoría de los biografiados viniera de familias «nobles y acomodadas», con la imprecisión y vaguedad que lleva implícita esta expresión, es una buena muestra. Se idealiza la vocación de los oficiales y se exagera su inclinación hacia una carrera que comenzaba en la pubertad, y que por tanto era parte de una estrategia familiar. También se proyecta en muchas biografías la obsesiva preocupación de los padres por la carrera, educación y futuro de los hijos; sobre los progenitores recaía la responsabilidad de guiarlos por el bueno camino y ayudarlos a que se convirtieran en hombres de bien. Esto se complementa con el énfasis que se pone en la capacidad de trabajo y esfuerzo de los oficiales. A la hora describirlos como militares, se antepusieron otros valores a las heroicas acciones de guerra. De este modo, se intentaba dibujar al oficial de la Marina no como un guerrero de antigua semblanza, sino con un perfil más técnico, que subrayaba la pericia, laboriosidad o destreza. No son muy numerosas las referencias a victoria ni derrotas, salvo en los casos en los que se convirtieron en mártires de la patria y de la corporación. Ambivalente es, en cambio, la posición respecto a la actividad política. El emergente corporativismo disimula o justifica ciertos comportamientos, mientras que aquellos oficiales que fueron «excesivamente» políticos son vistos como individuos ajenos al cuerpo y en cierto modo criticables.

Los rasgos hasta aquí descritos eran parciales y aparecen intermitentemente en las biografías. En cambio, en todas y cada una de ellas se hace una presentación del oficial como hombre respetable, como portador de las principales virtudes sociales del momento. Este era siempre visto, de un modo u otro, como un hombre de bien, como un individuo respetable e intachable en su fama por sus virtudes públicas y privadas. Las justificaciones que se dan en las más de 300 biografías constituyen un material único para ver la verdadera construcción del héroe naval, puesto que son estos los rasgos que van a dominar la narración y argumentación de esta obra. Pero ¿qué se pretendía con este discurso? Hacer del oficial naval una referencia modélica de comportamiento y valores sociales, y para ello se arroparon todas las biografías con palabras que pertenecen al campo semántico de la honradez —honor, rectitud, decencia, lealtad, honorabilidad, respetabilidad, pundonor, probidad, compostura—, confiriendo al cuerpo un halo distinguido y reforzándolo ante la sociedad. Los oficiales eran retratados como ejemplos de caridad cristiana y buenos padres, modélicos en su comportamiento con los demás, sus acciones quedaban intactas y sus modales eran irreprochables. Nunca olvidaron el cumplimiento del deber y la respetabilidad es su forma de vida.

BIBLIOGRAFÍA

- BASTIDA, Vicente (1987-1989), «Consideraciones sobre el héroe en el siglo XIX francés», *Estudios románicos*, nº 4, pp. 137-142.
- BOLUFER PERUGA, Mónica (2007), «“Hombres de bien”: modelos de masculinidad y expectativas femeninas, entre la ficción y la realidad», *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo*, nº 15, pp. 7-31.
- BORDEJÉ MORENCOS, Fernando (1999), *Crónica de la marina española en el siglo XIX, 1800-1868*, Madrid, Ministerio de Defensa.
- BOWMAN, James (2007), *Honor: A History*, Nueva York, Encounter Books.

- BRUNO, Paula (2016), «Biografía, historia biográfica, biografía-problema», *Prismas: revista de historia intelectual*, nº 20, pp. 267-272.
- (2012), «Biografía e historia: reflexiones y perspectivas», *Anuario IEHS: Instituto de Estudios históricos sociales*, nº 27, pp. 113-119.
- BURGUERA, Mónica (2012), *Las damas del liberalismo respetable: los imaginarios sociales del feminismo liberal en España, 1834-1850*, Madrid, Cátedra,
- CALVO MATORANA, Antonio (2016): «La oficialidad del ejército y la marina borbónicos: reformismo, fidelidad e identidad (1750-1808)», *Cuadernos de Historia Moderna*, vol. 41, nº 2, pp. 467-495.
- (2013), *Cuando manden los que obedecen: la clase política e intelectual de la España preliberal (1780-1808)*, Madrid, Marcial Pons.
- (2011), «El héroe, el trasnochado y el mártir: Tres imágenes de Jovellanos a ojos de sus contemporáneos», en Ignacio Fernández Sarasola, Elena de Lorenzo Álvarez, Joaquín Ocampo Suárez-Valdés, Álvaro Ruiz de la Peña Solar (eds.), *Jovellanos, el valor de la razón (1811-2011)*, Oviedo, Universidad de Oviedo, pp. 651-666.
- CARRASCO MARTÍNEZ, Adolfo (2017), «Heroísmo y fracaso en las muertes de Catón: lecturas éticas y políticas de un ideal nobiliario de los siglos XVI al XVIII», *Atalanta: Revista de las Letras Barrocas*, vol. 5, nº 2, 2017, pp. 19-56.
- CERVERA PERY, José (1979), *Marina y política en la España del siglo XIX*, Madrid, Editorial San Martín.
- CONDEMINAS MASCARÓ, F. (2000), *La Marina Militar Española. Desde los orígenes hasta 1898*, Málaga, Aljaima.
- CRESPO SÁNCHEZ, Francisco J. (2015), *Crear opinión para controlar la opinión. Ideología, sociedad y familia en el siglo XIX*, Madrid, Doce Calles, pp. 304-329.
- CRUZ, Jesús (2014), *El surgimiento de la cultura burguesa. Personas, hogares y ciudades en la España del siglo XIX*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- (2012), «El hombre fino: Bourgeois conduct ideals in 19th century Spain», *Bulletin of Hispanic Studies*, vol. 89, nº 4, pp. 347-362.
- ESTEBAN CALDERÓN, Demetrio (1982), *Lenguaje moral y sociedad en Fortunata y Jacinta de Galdós*, Madrid, Universidad Complutense.
- ESTERUELAS i TEIXIDÓ, Alberto, (1998), «Los hombres de bien en la España del siglo XIX: Influencias y propuestas», en Enrique José Belenguer Calpe (coord.), *Educación popular: VIII Coloquio Nacional Historia de la Educación*, Universidad de La Laguna, Santa Cruz de Tenerife, vol. 2, pp. 191-200.
- FAUS SEVILLA, Pilar (1972), *La sociedad española del siglo XIX en la obra de Galdós*, Valencia.
- GARMENDIA ARRUEBARRENA, José (1990), *Tomás Ruiz de Apodaca, un comerciante alavés en Indias (1709-1767)*, Vitoria, Diputación Foral de Álava.
- GIL SALINAS, Rafael (2003), «El héroe anónimo: la identidad del ciudadano en la España de la primera mitad del siglo XIX», Víctor Minguez Cornelles, Manuel Chust Calero (coords.), *La construcción del héroe en España y México (1789-1847)*, Valencia, Universitat de València, pp. 229-239.
- GÓMEZ FERNÁNDEZ, Juan (2006), *Formar hombres de bien: la enseñanza en El Puerto de Santa María en el siglo XIX*, Cádiz, Universidad de Cádiz.
- GONZÁLEZ PIZARRO, José Antonio (2013), «España y su intervención en América del Sur: La alianza peruano-chilena y la guerra contra España 1864-1866», en Sergio González y Daniel Parodi (comps.), *Las historias que nos unen. Episodios positivos en las relaciones peruanochilenas, siglos XIX y XX*, Santiago de Chile, RiL y Universidad Arturo Prat, pp. 107-136.
- GUIMERÁ, Agustín y Olivier CHALINE (2018), *La Real Armada. La Marine des Bourbons d'Espagne au XVIIIe siècle*, París, PUS.

- INAREJOS MUÑOZ, Juan Antonio (2010), «De la guerra del guano a la guerra del godo: condicionantes, objetivos y discurso nacionalista del conflicto de España con Perú y Chile (1862-1867)», *Revista de Historia Social y de las Mentalidades*, nº 14 (1), pp. 137-170.
- JENKS, Timothy (2006), *Naval Engagements. Patriotism, Cultural Politics, and the Royal Navy, 1793-1815*, Nueva York – Oxford, OUP.
- JIMÉNEZ MARTÍNEZ DE LAGRÁN, Silvia (2010), «Tomás Ruiz de Apodaca: ascenso social y red de relaciones en el comercio colonial», en José María Imízcoz Beunza, Oihane Oliveri Korta (coords.), *Economía doméstica y redes sociales en el Antiguo Régimen*, Bilbao, Universidad del País Vasco, pp. 335-356.
- JORDAN, Gerald y Nicholas ROGERS (1989), «Admirals as Heroes: Patriotism and Liberty in Hanoverian England», *Journal of British Studies*, nº 28, pp. 201-224.
- JOVER ZAMORA, José María, Guadalupe GÓMEZ-FERRER MORANT y Juan Pablo FUSI AIZPURÚA (2001), *España: sociedad, política y civilización (siglos XIX-XX)*, Madrid, Editorial Debate.
- MARCHENA FERNÁNDEZ, Juan y Justo CUÑO BONITO (eds.) (2018), *Vientos de guerra. Apogeo y crisis de la Real Armada, 1750-1823*, Madrid, Doce Calles, 3 vols.
- MERINO, José P. (1981), *La Armada Española en el siglo XVIII*, Madrid, Fundación Universitaria Española.
- ORTEGA-DEL-CERRO, Pablo (2019), «Sagas navales: identidad, profesión y parentela en tiempos de cambio (siglos XVIII-XIX)», en Pablo Ortega-del-Cerro y Antonio Irigoyen López (eds.), *Profesiones, ciclos vitales y trayectorias familiares entre la continuidad y la transformación (ss. XVII-XX)*, Murcia, Editum, pp. 165-198.
- (2018a), *El devenir de la élite naval. Experiencias de los oficiales de la Armada en tiempos de cambio (inicios XVIII-finales XIX)*, Madrid, Sílex.
- (2018b), «Del honor a la honradez: un recorrido por el cambio de valores sociales en la España de los siglos XVIII y XIX», *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo*, nº 24, pp. 597-618.
- (2016), «Pruebas de distinción en una sociedad en cambio: las informaciones de limpieza de sangre en la armada (1845-1865)», *Historia Social*, nº 85, pp. 63-82.
- PALMADE, Guy (1985), *La época de la burguesía*, Madrid, Siglo XXI.
- PAVÍA, Francisco de Paula (1873a), *Galería biográfica de los generales de Marina, jefes y personajes notables que figuraron en la misma corporación desde 1700 a 1868*, tomo I, Madrid, Imprenta J. López.
- (1873b), *Galería biográfica de los generales de Marina, jefes y personajes notables que figuraron en la misma corporación desde 1700 a 1868*, tomo II, Madrid, Imprenta J. López.
- (1873c), *Galería biográfica de los generales de Marina, jefes y personajes notables que figuraron en la misma corporación desde 1700 a 1868*, tomo III, Madrid, Imprenta F. García.
- MÍNGUEZ CORNELLES, Víctor y Manuel CHUST CALERO (2003) (coords.), *La construcción del héroe en España y México (1789-1847)*, Valencia, Universitat de València.
- MORENO FERRERO, Isabel (1987), «Historia y biografía», en Carmen Codoñer Merino (coord.), *Géneros literarios latinos*, Salamanca, Universidad de Salamanca, pp. 57-83.
- NICOLSON, Adam (2009), *Men of Honour: Trafalgar and the Making of the English Hero*, Londres, Harper Collins.
- NOVAK TALAVERA, Fabián (2001). *Las Relaciones entre Perú y España (1821-2000)*, Lima, Fondo Editorial de la Universidad Católica del Perú.
- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA (1884), *Diccionario de la lengua castellana por la Real Academia Española*. Duodécima edición, Madrid, Imprenta de D. Gregorio Hernando.
- RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, Agustín (2016), *Antonio Barceló. Mucho más que un corsario*, Madrid, Edaf.
- RONALD, D. A. B. (2015), *Youth, Heroism and War Propaganda. Britain and the Young Maritime Hero, 1745-1820*, Londres y Nueva York, Bloomsbury Publishing.

- SÁNCHEZ GARCÍA, Raquel (2019), «Honor de periodistas: Libertad de prensa y reputación pública en la España liberal», en Raquel Sánchez García y José Antonio Guillén Berrendero (eds.), *La cultura de la espada: De honor, duelos y otros lances*, Madrid, Universidad Rey Juan Carlos, pp. 305-332.
- SÁNCHEZ GARCÍA, Raquel (2018), «El héroe romántico y el mártir de la libertad: los mitos de la revolución en la España del siglo XIX», *La Albolafia: Revista de Humanidades y Cultura*, nº 13, pp. 45-66.
- SIERRA, María, María Antonia PEÑA y Rafael ZURITA (2010), *Elegidos y elegibles. La representación parlamentaria en la cultura del liberalismo*, Madrid, Marcial Pons.
- THOMPSON, F. M. L. (1988), *The Rise of Respectable Society: A Social History of Victorian Britain, 1830-1900*, Cambridge MA, Harvard University Press.
- TORRES, Bibiano (1992), *La Marina en el gobierno y administración de Indias*, Madrid, Mapfre.
- ZEROLO, Elías, Miguel DE TORO Y GÓMEZ y Emiliano ISAZA (1895), *Diccionario encyclopédico de la lengua castellana. Contiene las voces, frases, refranes y locuciones de uso corriente en España y América*, 2 vols., París, Garnier Hermanos.